



La arquitectura del siglo XVI en Italia: artistas, mecenas y ciudades

Colin Rowe y Leon Satkowski. Reverté, Barcelona, 2013. 368 páginas; 39,50 euros

Edición original: *Italian architecture of the 16th Century*. 2002, Princeton Architectural Press, Nueva York.

¿Qué debe hacer al retirarse un buen profesor universitario? Escribir un libro sobre aquello a lo que ha dedicado su vida académica; es decir, hacer un manual donde recoja su magisterio para que no se pierda su voz en el silencio. Esto es lo que hizo Colin Rowe en la versión original de este libro (2002) basado en los apuntes que tomase su alumno Leon Satkowski de sus clases en la Universidad de Cornell sobre un período que le fascinaba: el Cinquecento. Como manual universitario lo presenta ahora en versión española Reverté (nº 23 de su colección de estudios universitarios de arquitectura) con prólogo de Juan Antonio Cortés y epílogo de David Rivera, éste en forma de crítica a la historiografía del periodo tratado.

Rowe analiza con detalle la arquitectura italiana del complejo y no exento de contradicciones siglo XVI. Obvia la cuestión estilística al hacerlo. De hecho –apunta el profesor Rivera–, no se detiene en consideraciones sobre delimitación de estilos, como hicieran otros historiadores desde finales del siglo XIX: Wittkower o Wölfflin por ejemplo. Ni una sola vez aparece el término ‘manierismo’ en el discurso de Rowe. Éste, lejos de enredarse en disquisiciones de estilo, cuenta con delectación la arquitectura del siglo XVI en Italia a través de ejemplos maestros. Repasa cronológicamente la obra de arquitectos clave del periodo, presentando con hábil continuidad sus modos de hacer: Bramante, Rafael, Giulio Romano, los Sangallo, Peruzzi, Serlio, Sansovino, Sanmicheli, Vignola, Vasari y Ammanati. Ausencias notorias son las de Miguel Ángel y Palladio; pero Satkowski alega que Rowe murió sin completar el contenido de los capítulos que trataban su obra y no quiso él incluirlos por su cuenta como estaban.

El cuidado análisis de la obra de estos arquitectos singulares no obvia la presencia de otros personajes tan importantes como ellos: los mecenas que la sufragaron. Así se incorporan al estudio: papas, cardenales, potentados y ciudades; promotores de esa arquitectura descrita minuciosamente. Lo cual es una manera de recordarnos que para hacer buena arquitectura son indispensables un buen arquitecto, una buena idea y también, cómo no, un buen cliente. El retrato de la arquitectura italiana del Cinquecento que, con su característico lenguaje, hace Rowe es una malla compleja tejida por artistas, mecenas y ciudades; no en vano éste es el subtítulo del libro.

Si llama la atención a lo largo del libro el interés de Rowe por evidenciar las intensas relaciones entre la arquitectura y la pintura en esta etapa –en mostrar las distintas artes como partes de un todo–, también lo es la comparación con la modernidad que aparece en la conclusión del libro. Así que, libre de las cuestiones estilísticas, su análisis de la obra arquitectónica le permite hacer comparaciones –forzadas o no, lo decida cada cual– entre los logros más significativos de la arquitectura del siglo XVI en Italia y aquella otra de Wright, Gropius y Le Corbusier en el siglo XX.

¿Por qué leer este libro sobre una arquitectura tan lejana de la que tanto se ha hablado? Pues por la particular visión de Rowe –tratando el objeto arquitectónico y la ciudad–, más cercana a cuestiones de arquitectura –con no pocos chascarrillos que amenizan la lectura– que a las de apariencia con las que construir un esquema académico de nombrar las cosas según características de estilo, como suele enseñarse aún hoy la Historia del Arte.

José Antonio Flores